

## EL CID

Rodrigo Díaz de Vivar (1043-1099), conocido con el sobrenombre de El Cid Campeador (señor), ha sido considerado por la historiografía como el prototipo del caballero cristiano enfrentado al poder musulmán. Perteneciente a la pequeña nobleza castellana, se inició prestando sus servicios al rey Sancho II (1065-1072) en sus enfrentamientos con los musulmanes y con los reyes navarros. La muerte de este rey en el sitio de Zamora en oscuras circunstancias le llevó a exigir a su sucesor, Alfonso VI, hermano del fallecido, que desmintiese los rumores de haber tenido participación en el suceso (en connivencia con su hermana Urraca, con la que, al parecer, mantenía una relación incestuosa), hecho que ha pasado a la historia como el juramento de la iglesia de Santa Gadea (1072, Burgos). Alfonso VI se convirtió, a partir de entonces, en el rey de la unificada Castilla y León, ya que a la muerte de su padre, Fernando I, él mismo había recibido en herencia el reino de León, Sancho el de Castilla y su hermano García el de Galicia.

Este acontecimiento pareció truncar prematuramente la carrera militar del joven Rodrigo, enfrentado tanto al nuevo monarca como a la nobleza a su servicio. A pesar de ello, le mantuvo a su servicio e, incluso, le permitió casarse con Jimena, su sobrina. Pero el deterioro de las relaciones entre el monarca y Rodrigo, varias a lo largo de sus vidas, se hizo patente cuando fue comisionado para cobrar al rey musulmán de Sevilla los tributos (o parias, ejemplo de relación vasallática) que debía al rey castellano-leonés: allí tuvo un enfrentamiento con el noble García Ordóñez, al servicio del rey musulmán de Granada, cuando éste atacó al rey de Sevilla, aliado de Alfonso VI. Derrotado García Ordóñez, se ganó su enemistad y, paradójicamente, la de Alfonso VI, lo que provocó su destierro de Castilla en el año 1081. Para ganarse la vida, se puso al servicio de Yusuf al-Mutamim, rey musulmán de Zaragoza.

La llegada de los almorávides a España modificó el equilibrio de fuerzas entre cristianos y musulmanes (batalla de Sagrajas o de Zalaca -cerca de Mérida-, en el año 1086, con triunfo del almorávide Yusuf ibn Tashfin): para recomponer ese equilibrio, Alfonso VI perdonó a Rodrigo y le puso de nuevo a su servicio. Para él peleó en la zona de Levante y se prestó a intervenir en el levantamiento del sitio (1089-1092) a que había sido sometida la fortaleza de Aledo (Murcia) por los almorávides: no pudo llegar a tiempo, lo que provocó otro nuevo destierro, así como la confiscación de sus bienes. A pesar de ello, Rodrigo disponía de importantes territorios en torno a Valencia (conquistó esta ciudad en el 1094).

La libertad de que gozó Rodrigo a partir de ese momento fue considerada por el conde de Barcelona (Berenguer Ramón II) como un riesgo para sus intereses: aliado con los reyes de Zaragoza y de Lérida, fueron derrotados por el castellano, con la lógica consecuencia de ampliar su radio de influencia en toda la zona levantina. Este poder y esta riqueza despertaron las apetencias de Alfonso VI: unido al conde de Barcelona y al rey de Aragón, se enfrentaron con Rodrigo, siendo derrotados por éste. A pesar de ello, nuevamente se reconcilió con su rey, de modo que las posesiones de Rodrigo en Valencia pasaron a depender del rey castellano-leonés. En una de estas etapas de reconciliación, Rodrigo perdió a su único hijo varón, Diego, luchando contra los musulmanes en la batalla de Consuegra (1097).

Varias veces perdió Rodrigo las posesiones de Valencia, siempre bajo la presión ejercida por las tropas almorávides, y varias veces las recuperó. Poco después de su muerte (ocurrida en el año 1099), Alfonso VI perdió Valencia a manos de estas tropas musulmanas.

La biografía de este personaje ha estado rodeada históricamente de leyenda, sobre todo a partir del Cantar de Mio Cid. Si ha sido un mito y considerado como el adalid de los valores caballerescos y cristianos medievales, enfrentados en una lucha sin cuartel contra el islam, la realidad es que su vida transcurrió por los mismo derroteros que la de sus contemporáneos, es decir, luchó contra los musulmanes o estuvo a su servicio según requirieran las circunstancias del momento. La interpretación de la Reconquista como un proceso de permanente lucha entre cristianos y musulmanes no responde a la realidad histórica: los diferentes intereses de los monarcas cristianos les llevó a mantener constantes guerras entre sí, de modo que los soberanos musulmanes (también enfrentados entre ellos por el control de sus propias taifas) fueron unos aliados temporales a los que se podían alquilar sus tropas y unirse para lograr unos fines comunes. La Reconquista no fue sino un largo proceso de encuentros y desencuentros entre cristianos y musulmanes, y en la que la religión no siempre puede explicar la actuación de sus respectivos soberanos.